

# ACOGER LA PALABRA DE DIOS

---

Comisión de Innovación de Zaragoza<sup>1</sup>  
[innovacion@deezaragoza.org](mailto:innovacion@deezaragoza.org)

*Después de hablar Dios muchas veces y de diversos modos antiguamente a nuestros mayores por medio de los profetas, en estos días últimos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo”  
Hb 1, 1-2*

La vida es un cúmulo de experiencias y el hombre es un coleccionista de nuevas vivencias que le hagan ser más. Las experiencias y vivencias de nuestra existencia pasan por ser encuentros: con la Naturaleza, con el prójimo, conmigo mismo y con Dios. Un lugar privilegiado para encontrarnos con Dios es su Palabra, contenida en los libros de la Biblia; pero, para el encuentro fructífero con Dios en la Sagrada Escritura no sólo es necesario leer la Biblia, sino que también hay que acogerla en nuestro interior.

## **1 – La categoría “encuentro”**

El encuentro sólo es posible cuando se da una correspondencia entre la revelación personal de un sujeto y la aceptación confiada del otro, creándose un espacio donde el amor y la entrega mutua hacen crecer la libertad y el compromiso responsable. Pero esto no significa renunciar a la objetividad, ni quedar apresados en un subjetivismo que mutile la realidad, ni olvidar la imprescindible dimensión comunitaria y social de todo individuo y, por tanto, de todo encuentro personal.

La teología fundamental considera como una de sus tareas primordiales el análisis de la apertura y de la capacidad del ser humano para escuchar la palabra que Dios le dirige en la historia; y, al mismo tiempo, le ayuda a superar los límites y dificultades que le impiden el encuentro con el misterio trascendente, que se ha revelado definitivamente en Jesús de Nazaret, el Señor. Por eso la categoría *encuentro* es reconocida como decisiva para la teología, por ser una dimensión esencial de la revelación cristiana, presente en la entraña misma del pensamiento bíblico.

La elección de Israel y la alianza de Dios con su pueblo están sostenidas por la realidad del encuentro, como estructura fundamental de la revelación: Dios revela su nombre (Éx 3, 13-14), deja brillar su rostro, pronuncia su palabra poderosa y creadora para invitar al hombre, como ser individual y como miembro de una comunidad, al encuentro personal con él en un diálogo que perdona y que salva, que mantiene la esperanza del cumplimiento de la promesa que sostiene todo el Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento, Jesús el Cristo es la única imagen de Dios invisible (II Cor 4, 4); en la experiencia del encuentro con él (Jn 1, 1-3), se nos revela el rostro misericordioso de Dios, la Palabra definitiva del diálogo de Dios con el hombre. Y el Espíritu de la verdad que permanecerá siempre junto a nosotros (Jn 14, 16), recordando todo lo que Jesús enseñó, dando testimonio de él (Jn 15, 26), nos conducirá a la verdad

---

<sup>1</sup> Comisión formada por: M<sup>a</sup> Auxiliadora Conejero, María Gómez, Isabel Gómez, Silvia Gracia, M<sup>a</sup> Pilar Gutiez, Bernardino Lumbreras y Concha Morata. Consultora: Carmen Jalón.

plena cuando en el encuentro definitivo, cara a cara, la luz del misterio de Dios ilumine nuestro misterio pascual y el enigma de la historia humana.

En la reflexión sobre el Logos de Clemente de Alejandría se subraya la función dialógica frente a la cosmológica. Luego, la categoría *encuentro* estuvo ausente del horizonte teológico hasta que fue resucitada por las corrientes personalistas después de la Primera Guerra Mundial: el encuentro sólo es posible cuando se da una correspondencia entre la revelación personal de un sujeto y la aceptación confiada del otro, creándose un espacio donde el amor y la entrega mutua hacen crecer la libertad y el compromiso responsable.

El Vaticano II supone una superación de la visión conceptualista y doctrinal de la Revelación. Bajo este influjo, las reflexiones de Fries y Latourelle han hecho del encuentro la clave teológica de su extensa producción. En el ámbito español hay que destacar a Olegario González de Cardedal que concibe la cristología desde la realidad del encuentro del hombre con Dios en Cristo.

La revelación cristiana no consiste primariamente en la comunicación de un saber, sino en la autocomunicación de Dios mismo como misterio incondicionado, que se manifiesta al hombre en un encuentro personal e histórico, como don totalmente libre y gratuito. Es el amor lo que motiva la revelación de Dios y, al mismo tiempo, representa su contenido decisivo, ofreciendo una comunión en la contingencia de la historia. Y es que Dios, en su absoluta libertad, acepta las condiciones en las que sólo resulta posible el encuentro con el hombre: en la historia y por la palabra.

En el horizonte de la historia, como lugar de lo nuevo e inesperado, como espacio de la libertad humana y de su posible realización, acontece la revelación de Dios como invitación al hombre, a través de hechos y palabras, a los que responde éste con la fe. Pero ésta no condiciona ni el amor ni la libertad de Dios. Su comunicación libre y amorosa y la entrega confiada del ser humano son los dos aspectos de una realidad, el encuentro, en el que la palabra, como elemento esencial del diálogo, posibilita la apertura, el reconocimiento, la comunión, desentrañando e interpretando el sentido profundo de los acontecimientos. Pero el encuentro personal con la revelación cristiana tiene lugar en una comunidad creyente, que mantiene la fidelidad a la Palabra de Dios, que resuena en su seno a través del tiempo. Esta comunidad eclesial, es la mediación histórica del encuentro con Dios y el ámbito humano donde se concreta la responsabilidad de la fe al servicio de todos los hombres.

## **2 – El silencio contemplativo**

Uno de los grandes problemas con los que se encuentra el cristiano es que en la oración sólo estamos con nosotros, en lugar de estar con Dios. Hacemos que nuestro encuentro de oración con Él, sea sólo esfuerzo nuestro, porque somos más activos que receptivos. No nos dejamos vivificar por Dios; no estamos abiertos a la nueva posibilidad del Espíritu.

El amor hacia el encuentro y la comunión con Dios debe tener en cuenta el abandono de la subjetividad y de las certezas. Ha de consentir en el abandono de lo que se sabe, de lo que se es y de lo que se tiene. Por eso, ante Dios, la actitud más digna es la del silencio respetuoso y contemplativo: aceptar el hecho de nuestra pequeñez y permanecer en la actitud de escucha atenta para poder acoger el don del Espíritu. El verdadero evangelizador no es el que dice palabras, ni siquiera el que dice la Palabra, sino el que se deja decir por la Palabra. Hay que respetar la alteridad y la gratuidad de Dios, que puede pedir a cada uno lo que él quiera.

En el silencio contemplativo debemos dejarnos mirar por Cristo en la profundidad de nuestras vivencias personales. Y debemos mirarle con una mirada profunda, abriéndonos a la luz de su palabra, acogiéndola en nuestro corazón y dejándola que fluya por nuestro torrente circulatorio y pase a poseer nuestros sentimientos, nuestras actitudes y nuestros comportamientos. Cuando nos acercamos a la Palabra de Dios hemos de recordar que, a través de ella, Dios nos está amando, ya que Dios ama hablándonos, puesto que Él hace lo que dice. Por eso, nuestra cercanía a Dios no puede basarse sólo en rezos, ni siquiera en expresar nuestras ideas, sino que debe ser un abandono a su voluntad, dejándonos amar por él.

Dejarnos en las manos del Espíritu significa que tenemos que permitir que Él pueda penetrar en el hondón de nuestra alma, como la voz amorosa que grita en el desierto de nuestro egoísmo (Jn 1, 23; Is 40, 3). La cita del libro de Isaías en el Cuarto Evangelio es pronunciada por el propio Juan Bautista y basta para que el lector atento recuerde el pasaje completo. Juan, al presentarse como la voz, asume la dignidad de toda la Escritura convirtiéndose en figura del Antiguo Testamento y en testigo del reconocimiento de Jesús como Mesías. Pero lo hace “en el desierto”, porque hay que comenzar desde cero en nuestra nueva relación con Dios, que se abre a nosotros en el silencio de la contemplación.

### **3 – La lectura de encuentro**

Ante mí tengo abierto el libro de la fe: la Biblia. Es el fruto de la palpitación continuada de la fe en el seno de un pueblo en constante peregrinaje por la Historia. Al abrir el libro, no puedo olvidar este hecho y debo aceptar que todo cambia radicalmente en su contenido si tengo presente su origen. Además, este libro ha llegado hasta mí a través de unos colaboradores de Dios que han trabajado su composición y de otros muchos que han cuidado que se transmitiese el mensaje de una forma íntegra. Los datos técnicos sobre este libro, compuesto, a su vez, por muchos otros, se pueden resumir en unas pocas líneas que es preciso conocer. Se trata de datos que aclaran hechos que tienen por centro una persona: Jesús, el Señor, el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Pero tampoco puedo olvidar que este libro llega acompañado del eco que otros muchos lectores, antes que yo, han añadido al primer rumor que suscitó las líneas que tengo ante mis ojos.

La lectura de encuentro con la Biblia que proponemos tiene tres etapas que es preciso sustanciar y dos dificultades que es necesario superar para acoger la Palabra de Dios. En todo este itinerario no podemos olvidar la actitud del Señor ante el sumo sacerdote: “Jesús callaba y no decía nada” (Mc 14, 61a), que viene a indicar la incapacidad de nuestras palabras para expresar la Palabra.

#### **Primera etapa: Estar vacío y tomar tiempo**

El prólogo de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, en sus dos primeras palabras nos marca la línea de esta primera etapa: “Desocupado lector”. Para que las palabras de la Palabra nos llenen, antes hay que estar vacío. Para alcanzar a Dios tenemos que desprendernos de lo que no es Dios: “Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra, y muera; sólo entonces producirá fruto abundante” (Jn 12, 24). La imagen del grano de trigo es familiar en el Nuevo Testamento (cf.: I Cor 15, 35-38; Mt 13, 3ss; Mc 4, 26-29), pero en Juan su identificación depende del contexto: en “la hora” se identifica con el propio Jesús, pero aquí tiene una connotación colectiva que no podemos olvidar; el grano de

trigo existe para dar fruto y no ser único, sino multiplicarse. El lector del evangelio ve en el grano de trigo la alusión al pan de vida que es Jesús (Jn 6, 35.48). Pues bien, cuando nos acercamos a la Biblia tenemos que ser como ese grano de trigo que debe morir a la anterior vida, para dar nuevos frutos y frutos abundantes.

Edith Stein tuvo que quedarse sola en la casa de sus amigos, los Martius, en el verano de 1921 para convertirse. Charles de Foucauld buscaba la vaciedad en los prólogos de su confesión en la iglesia de San Agustín, de París. Tanto una como otro no podían resolver el problema pendiente en sus lugares habituales. Nosotros, que nos quedamos solos ante las contradicciones de la vida en la que nos movemos, debemos quedarnos vacíos ante la nueva realidad que nos presenta nuestro libro, y plantearnos la dura lucha entre la finitud del hombre y la infinitud de Dios, entre el deseo y su imposible.

Pero no sólo necesitamos vaciedad; también necesitamos tiempo. Puede ilustrarse con la anécdota atribuida al sociólogo Durckheim. Se dice de él, que cuando se despedía del monasterio sintoísta donde había pasado un tiempo de reflexión, uno de los monjes quiso hacerle un obsequio y lo llamó; deseaba hacerle un retrato. El francés estaba con el equipaje en la mano, pero siguió al monje que le llevó hasta su habitación. El japonés, tomó un pergamino y un tintero, y comenzó a desleír la tinta china en agua, durante un buen rato, lentamente, mientras Durckheim le miraba con asombro. Ante la impaciencia del visitante, la explicación del monje fue esta: “la inspiración viene en la constancia de los preparativos”. Volvemos a Is 40, 3 para referirnos a las palabras concretas que clama Juan Bautista en el desierto: “Allanad el camino del Señor” (Jn 1, 23; Is 40, 3). La adecuada preparación para recibir el mensaje de la Sagrada Escritura no es técnica o científica, sino de tranquilidad ante la inmensa tarea que nos queda por hacer; se trata de un impulso interior y no de pura erudición.

### Segunda etapa: Disolverse en la Escritura

Cristo no es un difunto, sino que está vivo en su palabra y en su comunidad. Por lo tanto, su palabra y su comunidad están activas, participan de la vida de Cristo y de ella toman sus propias vivezas (cf. SC 7). Nuestra identidad de lectores nos obliga a dejarnos iluminar y vivificar por el Evangelio para establecernos gozosamente en el Señor, colaborando con Él en hacer las cosas nuevas.

De la misma manera que la samaritana descubre en Jesús al profeta que ha de venir y le pide el agua especial que sólo él tiene (cf. Jn 4, 15), nosotros cuando degustamos la Palabra, comienzan a aflorar ante nuestros ojos nuevas ideas que hacen desaparecer los antiguos esquemas. Por eso, podemos decir que la Escritura es siempre nueva. San Juan Crisóstomo comentado este pasaje del Cuarto Evangelio termina diciendo de la protagonista: “la samaritana escucha con perseverancia, hasta encontrar lo que buscaba” (Hom. XXXI, 4). Esta mujer, que, por su experiencia personal podría estar cerrada a las palabras de Jesús, sin embargo, está dispuesta a descubrir un nuevo horizonte, un agua viva que cambie radicalmente todo lo que hasta ahora ha conocido. A diferencia de los judíos oyentes de Jesús, ella está dispuesta a disolverse en la enseñanza que de sí mismo le va proporcionando Jesús en su encuentro con ella. Y todo para que al final de nuestra lectura podamos proclamar con los samaritanos: “Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos lo hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42).

La lectura de la Biblia no puede ser lineal, como cuando leemos un ensayo o una novela, sino que debe ser cíclica al estilo de María “que guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón” (Lc 2, 19). María aparece en el momento de la

concepción del Mesías, como la tienda de reunión sobre la cual viene la nube luminosa que hace habitar en ella la Gloria, el Verbo que se hace carne, y acampa entre los hombres. Lucas, el teólogo que acompañaba a San Pablo en sus viajes, señala la humildad, la humanidad y la disponibilidad de María y, al hacer de ella un modelo para los cristianos, nos marca el camino de nuestra fe. No sólo el ángel del Señor sino también Isabel, la madre del Bautista, Simeón y los pastores subrayan de ella la felicidad de haber creído en Dios. Se trata de tres revelaciones sucesivas que permiten a María ir conociendo la voluntad del Padre: la felicidad mesiánica, la venida del Mesías al mundo y la naturaleza del Mesías que es Hijo de Dios. Igual que ella, nosotros debemos hacer progresar nuestra fe en la reflexión de las Escrituras.

### Tercera etapa: Perfilar el ensimismamiento a través de la sencillez

Después de salir de nosotros para acoger lo que Dios quiere decirnos en su palabra, debemos volver sobre nuestros pasos para llegar hasta nosotros y asumir lo leído. Siguiendo la anécdota de Durckheim, sería el momento de los lápices finos que dan forma final al dibujo con que nos obsequia la lectura de la Biblia. Es el turno de los símbolos y figuras bíblicas; parece el momento más intelectual del proceso, pero, sin embargo, podemos decir que se trata de la lectura natural de la Escritura.

Un abismo separa lo humano y lo divino (cf. Jn 1, 18s), pero el Señor vino del cielo y habla con la autoridad de Dios (cf. Jn 3, 34; 5, 43; 8, 28). Jesucristo ha cruzado ese abismo, para que los hombres podamos conocer la identidad de Dios, a través de sus palabras y de sus hechos. Como los hombres pertenecen a la tierra y hablan en términos mundanos (cf. Jn 3, 31), Jesús tuvo que utilizar imágenes familiares a los hombres para llevarles su mensaje; esto es lo que llamamos lenguaje simbólico, que no pretende otra cosa que comunicar conceptos que no se pueden expresar de otra manera debido a su complejidad. Por eso podemos definir el símbolo como una imagen, una acción o una persona que tiene una importancia trascendente. Es un reto para los intérpretes de la Palabra, escudriñar lo que pueden significar esos símbolos que llenan la Escritura y que, de ninguna manera, eliminan la historicidad de los relatos que analizamos.

Pero al conocimiento de los símbolos bíblicos no sólo se llega mediante el trabajo intelectual de unos pocos privilegiados, sino fundamentalmente a través de la sencillez: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos” (Mt 11, 25). El Padre no se revela a las élites religiosas judías del tiempo de Jesús (apocalípticos, esenios, letrados) sino a los menores de la sociedad: galileos, mujeres, pobres, etc., que no tienen ni tiempo ni dinero para acudir a las escuelas de los rabinos. Sólo los más pequeños, aquellos que no confían excesivamente en sus posibilidades intelectuales, pueden comprender que no es posible conocer a Dios sin Jesús, porque él es Enmanuel, Dios con nosotros.

El final de nuestra lectura bíblica lo único que queda es la sencillez del acercamiento. Se trata de un meterse en nosotros mismos, pero no con afán intelectualista, sino para encontrar en la sencillez de nuestro corazón lo que el texto transmite. Recordemos nuestra condición de viajeros por el libro, porque nosotros no leemos la Biblia sino que la Biblia nos lee a nosotros (cf. I Cor 4, 5).

### Dos dificultades

El primer problema para el lector bíblico es exterior: es el “pensamiento lógico”, el racionalismo que nos invade. La madurez personal no se alcanza viviendo en el

hedonismo infantil o en el gregarismo adolescente, sino llegando al puerto de la autonomía, del actuar por convicción, que nos lleva al altruismo y a la donación de sí mismo a los demás. El hombre maduro es aquel que ha alcanzado su propia identidad y se ha bajado del tren de los instintos y del de la pura racionalidad, para dejarse conducir por el Espíritu; es aquél que, abierto a la acción de Dios, ha experimentado la unificación interior y vive en armonía con los otros: “Sentir según los propios apetitos lleva a la muerte; sentir conforme al Espíritu conduce a la vida y a la paz” (Rom 8, 6).

La lectura de la Biblia se desvela en el interior del hombre. Es allí donde podemos acoger nuestras posibilidades simbólicas y el discernimiento que nos aporta el Magisterio. Al centrarnos en nosotros mismos comprendemos que, aunque tengo nombre no soy nombre, que aunque tengo profesión no soy profesión. En realidad, cada hombre, como dijimos al principio, es el registro de sus experiencias pasadas y asumidas: el pasado le tiene aprisionado. Mi vida se convierte en un continuo filtrar mis elecciones, pero tampoco soy eso. En realidad soy relación desde mi interior. San Agustín concebía esa interioridad humana como una parte del alma; un mundo interior de representaciones, un universo de imágenes del mundo exterior, pero no sólo eso. Mi interioridad es también la realidad de las cosas intangibles y es ahí donde me encuentro con el libro. Podemos preguntarnos por qué el evangelio de San Juan, que resulta ser el más complicado y difícil, es también el más popular; la respuesta es sencilla como la sencillez para escudriñar su mensaje: habla a través de símbolos y los símbolos son la dimensión definitiva de nuestra realidad interior. Llegar a comprender mi interioridad de esta manera y liberarla de las ataduras externas de mi vida y de mi sociedad, es una dificultad final para completar la lectura de encuentro de la Escritura.

Sumergirse en la lectura de la Biblia es alcanzar el cenit de la existencia religiosa, porque es situarse lúcidamente ante la propia realidad existencial; es ponerse en su sitio, pero porque nos han puesto en él. Acoger la Palabra de Dios es, al unísono, ensimismamiento y trascendencia, descenso y ascenso. En definitiva, la Biblia va más allá de nosotros y de nuestra razón, porque ilumina el interior del hombre y le indica a lo que debe llegar a ser.